



Mariano José de Larra

Hernani, o el honor castellano

No dejaba de ser aventurada la presentación de Hernani en la escena española; Hernani, obra de uno de los mayores poetas que han visto los tiempos, abrió majestuosamente la marcha de la nueva escuela moderna francesa. Pero si en ella Víctor Hugo osa separarse ya a cara descubierta de los antiguos preceptos, no tuvo, sin embargo, por conveniente atropellar todas las convenciones establecidas de muy antiguo en el arte, ni arrojó en ella a manos llenas como en obras posteriores los raros atrevimientos a que sólo puede entregarse con buen éxito el talento superior.

Ya hemos dicho repetidas veces que Víctor Hugo es más poeta que autor dramático; no porque el conocimiento del teatro le falte, sino porque su imaginación ahoga casi siempre en él la voz del corazón, y en este sentido le hemos marcado en el teatro un puesto inferior al que nos parece ocupar Alejandro Dumas. Hernani hubo de arrebatarse al público francés, amigo de declamaciones y de pinceladas históricas; la novedad, la nueva bandera bajo la cual representaba el proscrito de Aragón, le aseguraron un triunfo que todavía no podía atribuirse a un partido literario a cuya formación iba a contribuir.

Pero en la escena española todos esos motivos de buen éxito no existían; tomando aquí las producciones extranjeras no en el orden en que ven la luz, sino buenamente cuando y como podemos, Hernani, primer paso de la escuela moderna, ha venido a presentarse a nuestra vista después de haber

apurado nosotros hasta los excesos de esa escuela. La parsimonia misma de efectos sorprendentes que ha usado el autor nos lo debía hacer parecer pálido y descolorido después de Lucrecia Borgia y de Catalina Howard, y si se hallaba rescatado este inconveniente con el interés que debía excitar en España un asunto español, también se ocurría la nueva dificultad de ser más necesaria a Hernani que a ningún otro drama una buena traducción. En esto, por fortuna, así Víctor Hugo como el público español han sido felices. Y la traducción que de este célebre drama se nos ha dado es una de las mejores traducciones que en lengua alguna pueden existir. El traductor de las obras de Víctor Hugo ha tratado a Hernani con rara predilección, con cariño: un lenguaje purísimo, un saber castellano, una versificación cuidada, armoniosa, rica, poética, la colocan en el número de las obras literarias de más dificultad y de más mérito. Por las alabanzas justísimas que al señor de Ochoa tributamos, podrá conocer el público que no es comezón de satirizar la que nos anima cuando condenamos sin piedad las traducciones comunes que diariamente se nos dan. Es justicia. Traduzcan los demás como el señor de Ochoa, y nuestra pluma, constantemente imparcial, correrá sobre el papel para el elogio con más placer que para la amarga crítica. Bien hubiéramos querido que el traductor, en vez de explayar más y desleír algunas escenas hubiera tratado de reducirlas a los menos límites posibles sin alterar el sentido; pero conocemos que el respeto debido al grave poeta le habrá contenido, y realmente esto no nos sorprende en un traductor también poeta. Es difícil, traduciendo a Víctor Hugo, tomarse libertades. Por lo demás, concluiremos el elogio de esta traducción diciendo que escenas enteras hay escritas de tal modo que no las desdeñaría Calderón mismo. Hace muchos años que no habíamos visto ninguna que tanto nos satisficiera, si se exceptúa la de Los hijos de Eduardo, hecha por don Manuel Bretón de los Herreros también con esmero y tino singulares.

No describiremos el argumento de Hernani. Los dramas vulgares, cuyo mérito existe en la intriga, los cuentecitos caseros que suelen darnos a cuenta de comedias en nuestro teatro, consienten esa costumbre periodística. Haciéndolo también con Hernani, haríamos una injusticia al autor y a la obra; porque su mérito principal no estriba en que se case la dama con el galán, ni en que se presenten a la boda más o menos obstáculos dramáticos. El mérito de Hernani está en la concepción misma de la obra: en la pintura de Carlos I de España, mozalbeta seductor de doncellas, rey galante en sus primeros años, y de Carlos V de Alemania, emperador ya de romanos, y desalojando del pecho intereses mezquinos y amorcillos de calavera, para dejar lugar en él a toda la ambición humana, a la grandeza de la misión que la Providencia le destina a llenar en el mundo. Todos los demás son medios que contribuyen a este grande efecto, que es el que más resalta y ocupa, a despecho del título, de los sermones nestorianos del viejo don Ruy Gómez, de la posición violenta de Hernani y de su desdichado amor con doña Sol.

El verdadero drama parece concluirse con el cuarto acto, donde don Carlos V, ya emperador, renuncia a la hermosa doña Sol y la da por esposa al rebelde Hernani, devolviéndole sus títulos y honores. El poeta, sin embargo, dominado de la primitiva idea de su obra, y preocupado del deseo de pintar su «honor castellano», fantástico y exagerado como él lo

entiende, se lanza a dar un quinto acto, fundado en la venganza del viejo don Ruy Gómez, quien, dueño por un juramento de la vida de Hernani, viene a turbar la alegría del sarao y la felicidad de los novios, tañendo una bocina a cuyo sonido le juró Hernani poner su vida a su disposición en cualquier situación en que viniese a reclamarla. El viejo inexorable y celoso tañe cada vez más fuerte, y consigue matar a trompetazos el amor más puro y el porvenir más lisonjero de dos amantes felices. Ideas son éstas y costumbres que contrastan demasiado con las nuestras.

En el siglo en que Chateaubriand ha escrito: «Comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leurs ramures, on peut compter les places d'un homme par le nombre de ses serments», en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa realmente que hace morir de risa al espectador más grave. Hernani pudiera haber alegado las circunstancias o cualquiera otra razón de la misma especie; pero Hernani se contenta con echarse a pechos un frasquete del más rico veneno conocido, con lo cual el honor castellano, antiguo, queda en su punto, el público afligido, y el viejo contento y repitiendo al ver los dos cadáveres: «Muerto, muerta».

Este final desgraciado, que no podía presumirse en el transcurso del drama, poco preparado y fundado en una cosa tal como cumplir un juramento, ha sido la causa de que no fuese coronado Hernani de aplausos, como parecía hacerlo esperar el placer con que los actos anteriores habían sido oídos.

El Español, n.º 300, 26 de agosto de 1836. Firmado: M. J. de Larra.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo